

COMMUNIO

REVISTA CATOLICA INTERNACIONAL AÑO 1 - Nº 2 JUNIO DE 1994

El acto litúrgico

HANS URS VON BALTHASAR

JOSÉ LUIS DUHOURQ

HANNA-BARBARA GERL

HORACIO VARELA ROCA

ALBERTO BELLUCCI

JEAN-LUC MARION

LUCIO FLORIO

ALBERTO ESPEZEL

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El acto litúrgico</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	¿Un sacrificio que no cuesta nada?
<i>José Luis Duhourq</i>	13	Liturgia y nueva evangelización
<i>Hanna-Barbara Gerl</i>	23	Comed el cordero rápidamente
<i>Horacio M. Varela Roca</i>	31	Rumor de encuentro. La liturgia y el arte
<i>Alberto G. Bellucci</i>	39	Arquitectura y espacio de culto, hoy
<i>Jean-Luc Marion</i>	61	Filosofía cristiana y heremética de la caridad
<i>Lucio Florio</i>	69	Acceso y salida del camino religioso de Ernesto Sábato
<i>Alberto Espezel</i>	77	La cristología de Romano Guardini

“Comed el cordero rápidamente”: La liturgia cristiana como anti-éxtasis

*por Hanna-Barbara Gerl**

Extasis y Aburrimiento

Sin que sea necesario probarlo, puede admitirse que a la mayoría de los cristianos resulta tedioso ir a la iglesia los domingos. En especial a aquellos cristianos, que no quieren confrontar su fe —que no abandonan— con la “monotonía dominical”. Pero aún el cristiano “practicante” se sorprende a sí mismo pensando que sería agradable estar dispensado del deber de asistir al servicio dominical. . . Y la juventud vota con los pies.

Precisamente este “aburrimiento” del servicio divino es nuestro tema. El es mucho más significativo de lo que se podría suponer a primera vista, ciertamente cuando se distinguen dos clases de aburrimiento. El primero es de hecho bien conocido y temido: el transcurso indefinido de minutos, en los cuales, a pesar de un inaccesible contenido de la supuesta más alta significación, no se hace patente ninguna afirmación y sencillamente es “soportado”. En muchos lugares se ayuda con tanta vaciedad como sea posible, ya con “divertimientos” musicales, con ampliadas oraciones de actualidad, estimulando la conciencia social con una alusión al tercer mundo, o se reemplaza la homilía con una representación de pasajes bíblicos ejecutada por niños o jóvenes. Se puede tomar como ejemplo las actions o happenings de las grandes asambleas católicas (aunque domine en ellos mucho entusiasmo y temple. . .) ¿Cómo se hace nacer el entusiasmo en la monotonía de la celebración dominical? ¿Cómo lo consiguen las sectas para atraer y retener a los jóvenes?

El segundo tipo de aburrimiento es totalmente distinto, más exactamente: es el lado no reconocido totalmente del primero. Es-

* Hanna-Barbara Gerl, casada, Profesora de Filosofía en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Leipzig. Miembro del comité de redacción de la versión alemana de *Comunio*. Autora de numerosas publicaciones.

regla una apariencia semi-bestial. Pindaro llama a Pan con sus cuernos y sus pies de chivo "el más perfecto bailarín de los dioses". El dios, acompañado del animal sagrado o más exactamente: identificado con él, se manifiesta en definitiva en el animal-danzante: el poseedor y el poseído se funden en una unidad. En la antigua tragedia griega se llama al coro los tragoi, los chivos, se invoca al dios con el canto del ditirambo, el himno de Dionisos, Sátiros y silenos en torno a Dionisos, llevan rasgos de chivos y caballos, con lo que el hombre no se transforma propiamente en animal, pero se abre a un mundo primordial de tipo animal. La figura humana se refiere al mundo original animal², permite así el subir libre de lo sub-humano. En este sentido los dioses son como los animales, amorales, premorales, del dominio de ello, mientras que el hombre que los venera y se funde en unidad con ellos, es ambiguo en la embriaguez.

La rápida transformación: una nueva forma de culto

Desde el punto de vista de la fenomenología religiosa salta a la vista ya en el Antiguo Testamento, que Israel, si bien tiene contactos con las otras religiones que la rodean (especialmente de la Mesopotamia y Egipto) manifiesta también claras particularidades en la organización del culto. Los rasgos comunes consisten por ejemplo en una organización del Templo y de una casta sacerdotal con preceptos profesionales específicos, también últimamente en la "administración" de lo sagrado.

Las claras distinciones en el acostumbrado transcurrir del culto trabajan empero más y más largamente. A ellas pertenece en primer lugar aquella antigua liturgia de Israel que no tiene lugar en el Templo, sino en la familia y recuerda la noche en Egipto, en la que el pueblo de prisa y pronto a partir come el cordero y está a la escucha del paso del ángel de la muerte. Este paso, pesach, constituye el núcleo de una liturgia totalmente diferente: liturgia no del hundimiento, sino de la vigilia, no del éxtasis, sino de la normalidad, no de la embriaguez, sino de la rápida tensión

A. Cepke, Ekstasis, en: Theol. Wb. zum NT 2, S 447-457.

W.F.Otto. Dionysos, 1933.

Menschengestalt und Tanz, Munich, 1956.

F. Pfister, Ekstase, en: Reallex, Antike und Christientum 4, S. 944-987.

Th. Spoerri (ed.) Beiträge zur Ekstase. Basilea/New York 1968.

² W. F Otto, Menschengestalt und Tanz, Munich, 1956

de todas las fuerzas para la huida. Y la epifanía divina, en esa noche como en todas la otras no es obtenida por el estado de trance colectivo. El Dios de Israel está presente, sea como fuere su presencia, así su nombre que no debe pronunciarse, Yahve, una columna de fuego en la noche, una nube durante el día. Más tarde: el denso vacío y sin estatua presente en lo más interno del Templo. Cuando Elías lo espera y no lo encuentra en la montaña (¿dónde si no?), en el relámpago, el trueno y el terremoto (¿dónde si no?), así la “suave brisa”, que anuncia al que se demora, es evidentemente una anti-epifanía, una enseñanza sobre la pequeñez de que se reviste el esplendor divino, doxa-kabod. En lugar del resplandor abrumador, lo sencillo (como se lo encontrará más tarde en la figura del siervo Jesús).

Le experiencia teológica más profunda se ha condensado en la imagen de un rostro que no pertenece al mundo y sin embargo se introduce en él con sorprendente presencia. Frente al claro y personal rostro de Dios, el ser humano, sin distinción de hombre y mujer, toma una conciencia más viva de su identidad. Israel, en largo castigo, contra el que los profetas siempre se han levantado, ha experimentado esa carga y ese gusto de la identidad, el seguir siendo idéntico a sí mismo, y ha llegado a dar un ejemplo en la historia del mundo. Según ese modo de encuentro sin trance se ha desarrollado la liturgia en las sinagogas: ellas sirven únicamente a la palabra, la meditación y la actualización de la tradición y de la ley (Thora). Aún cuando el ritual doméstico del sábado incluye una comida de pan y vino, no se endereza a la embriaguez y la desviación en lo orgiástico, por el contrario: ella está al servicio del recuerdo, del conservar en la memoria.

Siempre reina en las fiestas de Israel, rememoraciones, reconciliaciones, aún en las fiestas de amigos, una sobria ebrietas, una embriaguez sobria. La embriaguez de Noé se sitúa en el principio advirtiendo sobre la división de los hombres. Se festeja el pasaje, no el éxtasis. Israel no cultiva el retorno a la inconsciencia, ni el mundo animal primordial. Por el contrario se mantiene expresamente en el anti-éxtasis, la medida de la humanidad contra la desmesura hacia la animalidad. El becerro de oro, es decir, el símbolo taurino de los egipcios y el símbolo de una fecundidad anónima, es rechazada como un culto idolátrico. La escena es clara: Moisés tiene las tablas de la Ley, el límite estricto contra lo orgiástico. No se busca el “ello” sino el rostro del Señor como dice el salmo 26, de quien nuestro propio rostro recibe toda claridad.

Pasaje, no éxtasis: dramática de la liturgia cristiana

“¡Levantémonos decorosamente y con respeto, estemos atentos, para recibir en paz la Santa Ofrenda!” así se canta en el Ofertorio de la divina liturgia de la Iglesia Oriental³. Levantémonos —estemos atentos— la paz. Con estas tres actitudes se establece el tono fundamental de la liturgia cristiana. Recordemos el himno ambrosiano: *Laeti libamus sobriam ebriatem spiritus* (“Gustemos en alegría la sobria embriaguez del Espíritu”). Esto no significa que la liturgia ignore todo dramatismo: pero sólo que ella se desarrolla con otra finalidad que provocar el trance. Su dramatismo crea el espacio para la Palabra, es decir, se trata como en la Antigua Alianza de conservar una fidelidad absoluta a un contenido histórico. En una segunda parte, que se desarrolla en el altar, se representa la pasión y la muerte de Jesús, y ciertamente como la última cena, también como la cena pacual, que anticipa simbólicamente el nocturno despedazamiento de Jesús. Con esto se renueva el dramatismo original de Israel: la noche de Egipto, la muerte del cordero, el pasaje del Señor, la rápida partida hacia la libertad. . . No hay aquí tampoco ningún lugar para lo orgiástico, ni para la embriaguez de la muerte y la resurrección como en los cultos dionisiacos. El vino, que es la sangre de Jesús, no es bebido para lograr una embriaguez cultual. Se impulsa el acompañar y estar presente en el rápido curso de un acontecimiento determinado. Aquí tiene lugar el cambio: el cambio de la muerte a la vida, de los muertos a los resucitados. No se llega a una confusión sub-humana sino a una claridad divina. Y esto en la forma “casta” de pocos signos y gestos que abren por modo de alusión la inmensa caja de resonancia del Todo, pero sin extralimitarse en ella.

Ni el antiguo ni el nuevo Israel experimentan a Dios como una fuerza de fecundidad o de destrucción sin rostro. En ambos casos se muestra el absorberse en una “nada” que disuelve todas las cosas, en la que la liturgia tiende a anularse. Los rasgos característicos de la dramática antropológica judeo-cristiana son la superación de un sentimiento anónimo del Todo en la energía de un yo: “Aquí - Ahora - Yo”; El Maestro Eckhart encuentra en esas palabras la fórmula esencial de la existencia, que es a la vez la fórmula esencial de la oración. En “*De visione Dei*”, Nicolás de Cusa se pregunta cómo se puede captar el alma de Dios. Y llega

³ N. Gogol, *op.cit.* p. 72

a la única respuesta posible en el espacio del cristianismo: “Sis ergo tuus et ego ero tuus”. “Sé totalmente tuyo y yo seré tuyo”. Análogamente Teresa de Avila ha encontrado la plenitud del cristiano, que corresponde a la unicidad de Dios: “Vivir toda su vida, amar todo su amor, morir toda su muerte”.

Por eso el culto cristiano no exige al hombre aniquilarse, perderse ni últimamente morir, para sumergirse en la fuerza del Omnipotente. La muerte de Jesús celebrada en la liturgia y que incluye la propia muerte no es celebrada como un deslizarse a lo sub-humano, en una muerte extática. Perfecciona más bien al hombre para que pueda formular la respuesta, la decisión, el compromiso. Ella exige el don, no el abandono.

Igualmente la resurrección de Jesús, que es también “celebrada” después de la transubstanciación, es un aseguramiento de la identidad: conservación y transparencia de todas las divisiones y heridas terrestres. Las Iglesias de Oriente siempre han meditado especialmente sobre que el cuerpo glorioso de Jesús conserve todas las heridas de su martirio. Hasta el cuerpo mortal muestra identidad, que no desaparece aún en la muerte, sino que es confirmada “en todas sus heridas”. Dios no es el que aniquila, sino el que perfecciona la personalidad. La liturgia no sólo conserva el rostro propio de cada fiel, se da también en la liturgia la promesa de que ese rostro preservado de todo deterioro, sobrevivirá en la más grande claridad. Donde una encarnación de Dios subraya la unicidad de nuestra existencia terrestre, también la celebración litúrgica insiste sobre esa exactitud de la existencia individual y exige la exactitud de la respuesta.

Así la liturgia divina ha renunciado hasta hoy a uno de los más eficaces estimulantes del éxtasis de grupo, la danza, admitiendo otros como el incienso, el canto coral y la música sólo en sus formas más austeras y más medidas. Por el contrario: todos los movimientos del culto son medidos. Aristóteles relaciona por lo demás la lentitud de los movimientos a la magnanimidad, *megalo-psychia*, “pues el que se ocupa de pocas cosas no tiene prisa, y no está en tensión, quien no se deja impresionar por nada”.⁴

¿La liturgia debe por ello ser inevitablemente “tediosa”? Tediosa no es naturalmente la palabra exacta. La misa no es ningún acontecimiento, ninguna experiencia excitante, una tensión emotiva. “Estar presente y servirlo”, en esto reside toda la vigilia querida. Naturalmente es hermoso superarse en una celebración,

⁴Aristóteles, *Ética a Nicomaco* IV 1125 a11

más hermoso si toda la comunidad lo logra. Qué métodos deben ser empleados aquí, ha de ser objeto de una nueva reflexión litúrgica. Pero esa superación queda sólo justificada, o sea elevada, cuando "el todo" que soy yo, se mantiene íntegro, es decir, no se deja simplemente disolver. No hundirse en lo divino, sino ser elevado hacia Dios.

En tanto Occidente sueña de nuevo con abandonar el "yo", extenderlo a las dimensiones cósmicas, "acrecentarlo" para abrazar el Todo o derribarlo en la embriaguez, hacia lo que tienden muchas sectas de jóvenes, como también la ideología de la droga, pero también muchos métodos asiáticos de meditación, así se manifiesta algo absolutamente antiguo. No sólo el instinto sino antes que nada la teoría del cristianismo debe tener presente hacia dónde se tiende en definitiva: se trata de borrar el peso de la existencia en el placer de la no-existencia. Al contrario debe mantenerse la fatigosa pero más equilibrada verdad, de que el yugo de Jesús es suave y ligero, el yugo de la existencia, que en su totalidad "pasa de claridad en claridad". Esto puede también constituir una experiencia de éxtasis, pero un éxtasis de la luz, no del demonio. Así la liturgia cristiana debe seguir siendo luminosa, dirigida a la luz de la conciencia y hacia toda la comunidad, que sabe que ella debe a la luz su propio perfil.